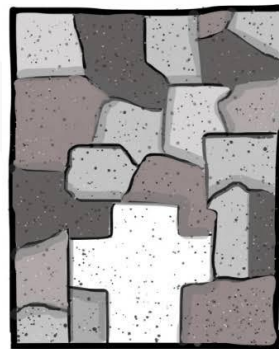


Emailgelio del 4 de octubre de 2026
Domingo 27 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

El cariño rechazado

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo: “Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo diciéndose: ‘Tendrán respeto a mi hijo’. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: ‘Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia’. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?. Le contestaron: ‘Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos’. Y Jesús les dice: ‘¿No habéis leído nunca en la Escritura: - La piedra que desecharon los arquitectos / es ahora la piedra angular. / Es el Señor quien lo ha hecho, / ha sido un milagro patente’?. Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos’”. (Mt 21, 33-43)



En la Biblia, la viña es el lugar en que se citan los enamorados, y el fruto de la vid, el vino, es símbolo del amor. El viñador, que es Dios, cuida la viña – el amor – con mimo y la arrienda a unos labradores. Pero la viña no da uvas sino agradones. Los labradores apalean y matan a los enviados. El amado no ha respondido a las expectativas. Entonces el propietario de la viña se arriesga: envía a su propio hijo, esperando que lo respeten. Pero lo matan para quedarse con la herencia.

Podríamos imaginar la continuación de la parábola: los labradores, cuando se encontraron libres del propietario, intentaron repartirse el terreno. Empezaron a discutir sobre los límites de lo que correspondía a cada uno, sobre el derecho a tener un terreno mejor y más grande porque habían trabajado más o porque habían puesto más entusiasmo en la eliminación de los enviados. Llegados a este punto, **se hacían daño unos a otros para conseguir el mejor terreno, y así se destruían mutuamente, destruían lo que más amaban.**

Así pues, la cosa empezó con la eliminación de los enviados, siguió con el asesinato del hijo y terminó con la destrucción mutua. Cuando en nuestro corazón eliminamos a Jesús y su mensaje, cuando decimos no a su amor y nos dejamos llevar por el egoísmo y la codicia, nos buscamos nuestra propia ruina y arruinamos la vida de los demás. **Pero el Señor no se resigna a perder a la persona amada, no tira la toalla:** sigue ofreciendo su viña a los que quieren aceptarle a él, no como propietario cargante sino como amigo. La viña necesita otros arrendatarios.

Una pregunta dirigida a nosotros: para ti, **¿el Reino de Dios es una carga pesada de un amo del que en la práctica sería mejor liberarse?**; o bien **¿piensas que aceptar a Dios en tu vida es aceptar el amor, por tanto, una fuente de felicidad?**

Emailgelio del 11 de octubre de 2026
Domingo 28 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Invitados al banquete

En aquel tiempo, volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo diciendo: “El Reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: ‘tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda’. Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: ‘La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: ‘Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirme de fiesta?’. El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: ‘Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos’”. (Mt 22, 1-14).



En los banquetes de boda de aquel tiempo no era extraño rechazar la primera invitación. Sabían que les invitarían de nuevo. Mientras tanto, comprobaban si los otros invitados eran de su nivel social, y si les convenía asistir o no. En el caso de hoy no parece interesarles la compañía prevista.

El padre del novio reacciona **invitando a toda clase de personas**. Jesús está diciendo que, aunque muchos se escandalicen de que come con publicanos y pecadores, **el banquete del reino de Dios no es solo para algunos privilegiados**. Es para todos: *la sala del banquete se llenó de comensales*. Rechazan la invitación de Dios los que no quieren comer en la misma mesa con los más pobres y despreciados.

Un hecho extraño en la parábola: uno de los comensales no llevaba el traje de fiesta. ¿No era una contradicción exigir el traje de fiesta cuando todos venían de improviso, reclutados casi por sorpresa en la calle? ¿Cómo iban a tener el traje preparado? Y ¿cómo es que la mayoría lo tenía?

La costumbre era que quien invitaba preparaba los vestidos adecuados para los que llegaban al banquete sin ese traje de fiesta. Por tanto, a este comensal que no tenía el traje de fiesta le había sido ofrecido, pero él lo había rechazado. **El traje de fiesta puede significar la actitud de querer ajustar el estilo de vida al hecho de haber sido invitado al banquete.**

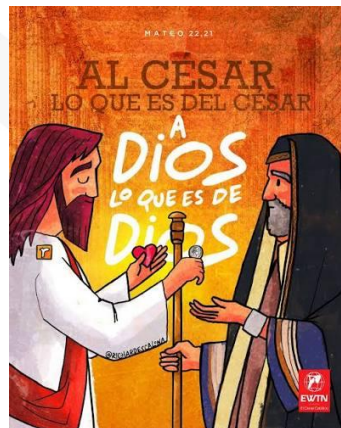
Pero para entrar no se nos exige ser perfectos: el evangelio dice que **fueron llamados todos, malos y buenos, y Jesús comía con los pecadores**. Pero sí significa que tenemos que **tratar de vivir en coherencia con la dignidad de haber sido invitado**, es decir, de ser seguidor de Cristo. No nos desanimamos cuando nos vemos sin el vestido adecuado por nuestra debilidad y también por nuestro pecado. En estas situaciones, no rechazamos el nuevo traje de fiesta que el Señor nos ofrece constantemente para reconciliarnos, para comenzar de nuevo y volver al banquete.

Emailgelio del 18 de octubre de 2026
Domingo 29 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

A favor del creador

En aquel tiempo, los fariseos se retiraron y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta. Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes, y le dijeron: “Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no te fijas en las apariencias. Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?. Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: “¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto. Le presentaron un denario. Él les preguntó: “¿De quién son esta cara y esta inscripción?”. Le respondieron: “Del César”. Entonces les replicó: “Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. (Mt 22, 15-21)



Como respuesta a la trampa que quieren tenderle los fariseos, Jesús empieza pidiéndoles que le enseñen una moneda. Las monedas eran un signo insultante del poder extranjero: en ellas aparecía la imagen del César romano, el extranjero invasor, con una inscripción que para los judíos era una provocación y una blasfemia. La inscripción decía: “Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto”. O bien: “Emperador Tiberio, hijo adorable del Dios adorable”. **Se decía así claramente que el César era Dios. Por eso, algunos judíos no querían ni siquiera tocar públicamente esa moneda.**

Entonces, cuando Jesús les pide que le enseñen una moneda, no tienen más remedio que enseñársela. Con eso, **tienen que admitir que la llevan consigo a pesar de su repugnancia.** Con la moneda de los fariseos en la mano, Jesús responde que para él lo importante es que la persona reconozca a Dios como único Señor. El César no es Dios, es solo César: a cada uno lo suyo.

No hay contradicción en obedecer a Dios y al mismo tiempo, precisamente por exigencia de esa obediencia, respetar y hacer progresar las medidas y las leyes que hagan la vida más humana.

Los proyectos humanos, si se hacen de espaldas al Creador, se pueden volver en contra del ser humano. Por ejemplo, de estar con el Creador o no depende que la ciencia sirva para progresar en la curación de muchos males o sirva para manipular a las personas.

Estar con el Creador puede suponer ayudar a las personas con el progreso a salir de la esclavitud de unos trabajos inhumanos. En cambio, olvidar al Creador puede llevar a fabricar armas destructivas, de una perfección técnica extraordinaria, pero que hacen un daño terrible a la humanidad.

De estar a favor o en contra del Creador puede depender que el desarrollo industrial sirva para sacar de la miseria a muchos seres humanos o bien produzca males irreparables como la contaminación, el deterioro de la naturaleza, conflictos sociales y de convivencia, problemas del consumismo y del enriquecimiento incontrolado, etc.

Cada uno de nosotros se encuentra todos los días con la posibilidad de hacer las cosas conforme al querer de Dios o contra él; a favor o en contra de la justicia, el amor, la verdad y la paz. Eso es para nosotros dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Ser lo más competente posible en mis trabajos y responsabilidades, y que eso sirva para el bien.

Emailgelio del 25 de octubre de 2026
Domingo 30 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Amar a Dios y al prójimo

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se acercaron a Jesús y uno de ellos le preguntó para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?”. Él le dijo: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser’. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas”. (Mt 22, 34-40)



Pedro Casaldáliga decía que “todo es relativo menos Dios y el hambre”. Dios es el Absoluto. Amarle a Él es crucial en nuestra existencia. Es un Dios que se hace humano hasta el punto que **la llamada a amarle a Él es, al mismo tiempo, llamada a amar al otro**. Si no se debe relativizar ni ningunear a Dios, tampoco se puede relativizar ni ningunear al ser humano, sobre todo al que pasa hambre o necesidad. Por eso, el mandamiento del amor al prójimo es semejante al del amor a Dios. Cómo nos comportamos con los demás muestra si amamos a Dios o no. La primera carta de Juan es contundente: “Quien no ama al hermano que ve no puede amar a Dios a quien no ve”.

Si el amor a Dios resulta falseado cuando se ningunea o margina al hermano, también el amor al prójimo queda incompleto si se olvida explícitamente a Dios. El Papa emérito Benedicto XVI decía que “sin Dios el hombre no sabe a dónde ir ni tampoco logra entender quién es... El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano”.

Para comprender lo unidos que están el amor a Dios y al prójimo, algunos maestros espirituales antiguos empleaban la imagen de la rueda de un carro, que para nosotros puede ser la de una bicicleta. **La rueda es el mundo; el centro Dios; los radios los diversos modos de vivir de los hombres. Cuando nos acercamos al centro, Dios, nos acercamos unos a otros, y cuanto más nos acercamos unos a otros, más nos acercamos a Dios.**

Si Jesús dice que hay que amar al prójimo como a sí mismo, amarse a sí mismo es algo bueno, al contrario del egoísmo. **El egoísta no se acepta ni se ama a sí mismo**. Busca ansiosamente el afecto y el reconocimiento de los demás, y nunca está satisfecho porque desconfía de sí mismo y de los otros.

En cambio, **quien se ama a sí mismo** de veras no vive pendiente de lo que los demás puedan pensar de él, y no está siempre mendigando la atención de los otros. **Puede vivir más desprendido y libre.**

Muchos de los esfuerzos de Jesús en el evangelio son para devolver a las personas la estima de sí mismas que el ambiente les negaba. Pobres y pecadores, enfermos y miserables, se sienten incondicionalmente comprendidos y aceptados por Jesús a pesar de su penosa situación personal. Así, por medio de la reconciliación consigo mismo, Jesús les pone en el camino de amar a los demás porque se sienten amados de Dios.

Para amar a los otros es importante saberse amado por un Padre que nos ama tal como somos y nos invita a quitarnos el miedo a darnos. Muchas veces será humildemente, sin ser aplaudidos, pero siempre con la paz de sabernos envueltos por el amor de **Aquel que ama de veras y merece ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con todo el ser.**